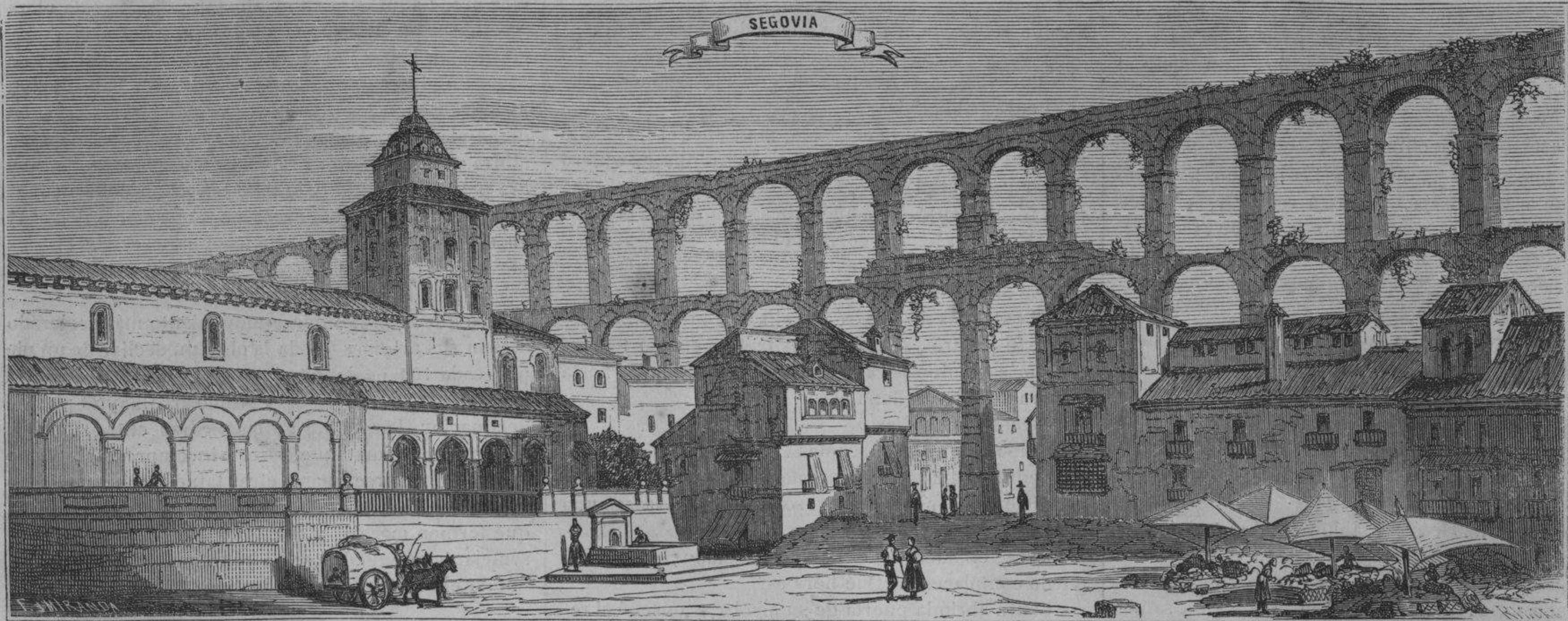


# El Periódico ilustrado.



Número 20.  
DEL 20 AL 27 DE JULIO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.<sup>o</sup>  
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.

**SUMARIO** —Acuerdo de Segovia, por Belza.—Revista de la semana, por Palacio.—El Escepticismo, por Domenech.—La Virgen del Puerto, por Escamilla.—San Juan de la Peña, por Benedicto.—Tres besos, por Blasco.—Las mujeres de moda.—A un arroyo, por J. R. C.—El maestro de escuela.—Habitanes de Roma.—Petro Mica.—LÁMINAS: Segovia. Boulevard de los Italianos. El maestro de escuela. Habitantes de Roma. Prieto Mica.

**EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.**

Precios de suscripcion.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 3 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	



ASPECTO DEL BOULEVARD DE LOS ITALIANOS, EN PARIS, Á LAS SEIS DE LA TARDE.



## EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

El grabado con que encabezamos hoy *El Periódico ilustrado*, representa el famoso acueducto de Segovia. Pocos de nuestros lectores dejarán de conocer esta célebre obra, cuya fama es europea; pero muchos de ellos ignorarán ciertas y ciertas particularidades, y sobre todo la leyenda que los sencillos naturales del país creen como artículo de fé, y que se refiere á los sucesos que precedieron y dieron lugar á la construcción de esta *diabólica* obra.

Por si puede ser agradable á los que no han oído hablar de esta conseja, vamos á referirla, teniendo muy en cuenta, para verificarlo con mayor exactitud, lo que sobre el particular indica el curioso libro de Mellado, *Recuerdos de un viaje*, que publicó aquel editor en el año de 1849.

Al famoso acueducto le falta un pilar, y la esplicacion de esta falta, que á pesar del tiempo trascurrido no se ha podido subsanar, es que, segun dice la leyenda el acueducto lo fabricó el diablo, y como era en España lo dejó por concluir, para que ni en esto dejara de cumplirse el destino á que estamos condenados, de tener todo á medio hacer.

El por qué construyó el diablo una obra tan útil, y por qué no la acabó, es lo que vamos á explicar.

Vivia hace muchos años en Segovia, un pobre cura viejo y achacoso, pero modelo de virtud y de santidad, en compañía de una sobrina que era también buena cristiana y discreta, por cuya razon, el eclesiástico tenía en ella puesto todo su cariño. Lo único que sentía, que como era escesivamente pobre, no podia costear una criada; así que la pobre niña tenía que hacer todas las faenas de la casa; pero lo que más la molestaba era el tener que ir todos los dias por agua fuera de la ciudad, porque en Segovia no la había; de modo que la pobre María, que así se llamaba la sobrina del cura, tenía que emplear todo el día en las labores domésticas, y parte de la noche en portear el agua con su cántaro de barro.

Por grande que sea la virtud y la resignacion, el trabajo cansa; así es que la pobre María, una noche cuando iba camino de la fuente, se sintió tan rendida, que no pudo contener esta exclamacion: —«Daria mi alma al diablo, dijo, segun cuenta la tradicion, por no venir todos los dias por agua.»

—Yo lo acepto, respondió al punto una voz.

Volvió la cara la muchacha, y vió junto á sí un caballero algun tanto estrabagante en su traje, y de sinistra catadura.

—Conque si yo te llevo diariamente el agua que necesitas, me darás tu alma?

María no había oído nunca tan dulce voz, ni había visto tan insinuantes modales; y como era otra la idea que tenía formada del diablo, creyó que sería algun caballero de la ciudad quien la ofrecía este servicio, y con toda la ingenuidad de la inocencia contestó que lo admitía.

—Está bien, dijo el desconocido, que no era sino el mismísimo diablo; mañana me pertenecerás; y en seguida desapareció, dejando llenos de agua los cubetos, sin mas que haberlos tocado con la mano.

María quedó pensativa y recelosa. Si realmente este mancebo es el diablo, decía para sí durante el camino, estoy sin remedio condenada, en justo castigo de mi pereza.

El cura, sorprendido de verla regresar tan pronto, la preguntó la causa, con lo cual María no pudo contenerse, y anegada en llanto le refirió cuanto acababa de ocurrir.

—Mal has hecho, muy mal, en implorar á Lucifer, le dijo el buen sacerdote; solo Dios puede remediar nuestras desgracias y á él debemos acudir en ellas; pero ya que lo hiciste, veamos ahora el modo de componerlo. Eres buena muchacha y Dios no consentirá que te condenes por una imprudencia.

En seguida se puso la sobrepelliz y la estola, tomó el hisopo y la calderilla llena de agua bendita, y con la energía de un hombre fuerte en la resolucion que acababa de formar, y tranquilo en su conciencia: «Llama al diablo, le dijo á la sobrina; que venga ese condenado, y veremos quién de los dos es el que sale triunfante.»

María obedeció temblando, y el diablo no se hizo esperar.

El cura echó el cerrojo en la puerta de la habitacion,

y con el hisopo roció con agua bendita el rostro de Satanás.

—Conmigo te entenderás ahora, bribon, le dijo; no con esta infeliz niña, que no sabe lo que se hace; ¿quién te ha dado autorizacion sobre ella?

—Ella misma, contestó el diablo algo confuso y aturdido.

—Es menor de edad y no puede disponer de su persona. Ahora bien; entendámonos razonablemente.

—Pues baja ese hisopo con que me amenazas.

El cura bajó el hisopo.

—Bien podria, dijo el diablo, mantener el trato que hice con tu sobrina, pero para que veas que no quiero abusar y sí complacerte, en vez de hacer venir el agua para tí solamente, haré que venga para toda la ciudad.

—¿Y cuánto tiempo correrá el agua?

—Mientras el mundo exista.

—No me parece mal.

—Y entonces dispondré del alma de tu sobrina.

—A tu arbitrio, si cumples el trato; pero no te concedo más término para cumplir tu promesa, que hasta la hora de salir mañana el sol.

—Necesito tres dias.

—Imposible; y si no aceptas...

El cura amenazó nuevamente á Satanás con el hisopo, diciendo por lo bajo á su sobrina que atrasase una hora el reloj de su cuarto.

—No te enfades, dijo el diablo asustado; veremos si puedo complacerte. ¿Qué hora es?

El cura abrió la puerta de su alcoba, y enseñó el reloj que ya había retrasado María.

—Las doce, murmuró el diablo; el sol sale á las cuatro y cuarenta y seis minutos: dos horas para cortar las piedras y traerlas, una para colocarlas, otra para dirigir las aguas. Tengo tiempo y aun me sobran algunos minutos. Adios, pues, y pronto nos volveremos á ver.

El diablo desapareció.

El sol empezaba á reflejar en el horizonte, y los habitantes de Segovia, que se dirigian al mercado, establecido entonces en la plaza del Azoguejo, quedaron sorprendidos con la vista del milagroso acueducto. Escusado es decir que la sobrina del cura no se condenó, porque engañado el diablo en la hora, le sorprendió el sol cuando aun le faltaba poner la última piedra, que es la que nadie ha podido colocar luego, y como no cumplió el trato, no pudo reclamar la recompensa.

Hasta aquí la leyenda; ahora consagraremos algunas líneas á la parte histórica de este monumento, en lo que respectivamente de él se sabe.

El acueducto es una de las obras más maravillosas de la antigüedad, que han respetado los ejércitos que en diferentes épocas invadieron la Península. Algunos escritores le atribuyen más de 2,000 años, otros suponen que se hizo en tiempo del emperador Trajano: lo cierto no se sabe; pero lo positivo es, que no hay español ni extranjero que no se admire al contemplar aquellos pilares tan elevados, aquellas piedras tan grandes y tan estrechamente unidas, sin argamasa ni composicion alguna, la grande estension que corre y la gran cantidad de agua que conduce, y que tiene su origen en las fuentes que dan nacimiento al pequeño arroyo llamado Riofrio.

Los arcos del acueducto empiezan con muy poca elevacion desde la Caseta, y sostienen una gruesa pared de mamposteria, sobre la que está colocada la canal que sigue por toda la obra arqueada hasta llegar á la plazuela de San Sebastian; continúa luego por el Seminario conciliar, y de aquí, ya cubierta y bajo el piso de las calles, lleva el agua al Alcázar. Desde dicho punto de la Caseta hasta el primer ángulo, tiene 25 piés de elevacion y 246 de longitud, y desde aquí al segundo ángulo, frente á la iglesia de la Concepcion, 28 piés de elevacion y 533 de longitud. Corre luego la obra de E. á O., y llegando al tercer ángulo, junto al que fué convento de PP. Franciscos, tiene 44 piés de elevacion en el pilar doble y 973 de longitud. En esta parte del acueducto están los arcos que se reedificaron á principios del reinado de doña Isabel la Católica, por un fraile del convento de Peral, llamado Pedro de Meza; los arcos reedificados fueron treinta y cinco, y la obra se hizo con tal perfeccion, que hoy apenas se distinguen de los antiguos. Es verdaderamente un esfuerzo del arte la obra de este ángulo, pues el pilar que lo forma hace una curva, con la que varía la direccion del acueducto de S. á N., con una pequenísima inclinacion al O. Tiene 22 piés de frente y 44 de elevacion. Aquí es donde principian los dos admirables órdenes de arcos, presentando la obra toda su

grandeza, y sigue hasta la muralla, por donde entra el acueducto en la ciudad. En el primer orden hay 43 arcos, y el primero está destruido hace muchos años; en el segundo hay 47, y la elevacion es proporcionada al declive ó inclinacion que toma el cerro, para descender á la plaza del Azoguejo, y el que vuelve á tomar desde aquí para subir á la muralla. En esta plaza fué ahorcado, en tiempo de las Comunidades, el alguacil Hernan Lopez Melon, el dia 20 de Mayo del año de 1520. En el arco por donde se entra á la calle de San Antolin, tienen los pilares 91 piés de elevacion, y en dicha plaza del Azoguejo, que es el sitio de la mayor altura, 102: desde San Francisco hasta la muralla, hay 386 piés de longitud, y la total estension del acueducto es de 2,000, con 114 arcos en el primer orden y 47 en el segundo. El grueso de los pilares es de 11 piés por los costados y 8 de frente, y sus cimientos están á la profundidad de 14 piés.

Para que el agua tuviese movimiento más acelerado dieron sus artífices á toda la obra un declive de un pie por cada 100 de longitud, de manera que desde el punto de la Caseta hasta el último arco hay 29 piés de declinacion. Los lechos de las piedras entre sí tienen tan exacta union, que parece incomprendible cómo pudieron juntarse unas á otras tan estrechamente, no teniendo trabazon de hierro, argamasa, cal, ni arena que formen mezcla, y es cierto que ninguna obra de semejante antigüedad se ha conservado tan bien, llenando el objeto á que fué destinada.

J. BELZA.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Poseidos del mayor dolor, damos hoy comienzo á esta revista. Un escritor distinguido, un hombre por todos conceptos estimable, un antiguo y muy querido amigo nuestro, acaba de bajar á la tumba, joven aun, y cuando despues de grandes trabajos y desvelos, había conseguido, al mismo tiempo que la gloria para su nombre, la tranquilidad de una posicion desahogada, que le ofrecía en el seno de una familia querida, todas las felicidades de la existencia.

Ya comprenderán nuestros lectores que nos referimos al discreto y elegante literato D. Antonio Flores, al autor de la *Historia del matrimonio*, de *Doce españoles de brocha gorda*, de *Fé, Esperanza y Caridad*, cuya temprana muerte han anunciado conmovidos todos los diarios. Antiguo y laborioso periodista, poeta fácil y ameno, el Sr Flores se distinguía más que por todo esto, por la bondad y alegría de su carácter, que le había hecho sobrellevar con calma los mayores infortunios. De él es de quien se cuenta, que siendo hace bastantes años un escritor modesto y sin fortuna, le hallaron una noche varios amigos suyos, escritores también, sentado en el umbral de una puerta en la calle del Príncipe, con un pequeño lio de ropa sobre las rodillas.

—¿Qué haces aquí, Antonio? ¿Qué te pasa? Le preguntó el más expansivo de todos ellos.

—Nada, chicos; que soy el hombre más feliz de la tierra, respondió Flores riendo como siempre; no he comido, no tengo un cuarto, y acaban de echarme de la casa de huéspedes donde vivía.

—¡Hombre! ¿Y llamas á eso felicidad?

—Justamente, porque en el estado en que me encuentro, todo lo que me suceda tiene que ser muy agradable para mí.

Y así era en efecto, pues sus amigos le llevaron á cenar, le ofrecieron sus casas á porfía, y le ayudaron todo lo que les fué posible á salir de aquella situacion.

Como una prueba más del carácter de Flores, no puedo resistir al deseo de publicar una carta suya que conservo, escrita cuando llevaba ya en su pecho la terrible enfermedad á la que ha sucumbido.

Dice así:

«Amigo mio: me alegraré que al recibo de estas cortas letras, se halle Vd. con la cabal salud que yo para mí deseo.»

Esta solo sirve para decirle, que ahí le mando el tomo sétimo y último de *Ayer, Hoy y Mañana*, el cual, agradecido á lo que Vd. ha hecho por los anteriores, espera que haga con él lo mismo, ó cuando menos, algo más.

Celebro esta ocasion que me proporciona la proporcion de proporcionar á Vd. manera de proporcionarme la venta de algunos ejemplares, cuyo producto sabrá Vd., que es tan mio, como yo soy de Vd., atento ser-



vidor y amigo.—Antonio Flores.—Lunes. Su casa, San Quintín, 8, segundo, donde se guisa de comer con equidad, y se da la comida con tasa y prudencia.»

Otra sensible muerte ha ocurrido también en estos días, ocasionada por una desgracia imprevista; la del señor marqués de Campo Sagrado, persona muy conocida en la sociedad de Madrid, y de las más populares en Asturias, donde tuvo su cuna, y donde la casualidad le ha abierto el sepulcro.

El marqués de Campo Sagrado, de edad ya avanzada, era, sin embargo, uno de los hombres más robustos y fuertes de su país, donde la fortaleza es proverbial. Gran cazador de osos, inaccesible á la fatiga y á la intemperie, su misma confianza en estas cualidades ha sido causa de su trágico fin. Al apearse de un carruaje, sin que éste se parara, lo cual era una de sus distracciones favoritas, se dislocó un pié, pero con tan mala fortuna, que el hueso se le rompió por dos ó tres partes, y por pronto que quiso acudir á la amputación, era ya tarde.

No es culpa mía si la semana solo ha dado de sí sucesos tristes. En cuanto á novedades, muy pocas son las que puedo comunicar á ustedes.

Se ha hablado estos días del proyecto de formación de un gran Liceo, donde se resuciten las glorias del antiguo, creando al paso una especie de Academia, que pueda con el tiempo ser un verdadero plantel de artistas.

La idea me parece oportuna, pero algo debe haber en ella de inverosímil, y digo esto, porque al enunciarla los periódicos, llegan hasta decir que una comisión, compuesta de los Sres. Asquerino, Serra y Palacio, trabajaban en este asunto, y convocarían muy pronto á una reunión para tratar de él, á los amantes y cultivadores de las letras y la declamación. No sé que dirá de esto Asquerino, ausente como está hace algunos días en San Juan de Luz, ni que pensará Serra, enfermo como se encuentra por desdicha suya y del arte dramático; en cuanto á mí, aunque sano y presente, puedo asegurar que la primera noticia que del caso he tenido, es la que me han anticipado mis benévolos colegas. Esto no obsta para que si los autores del pensamiento me creen útil en algo, puedan disponer á su antojo de esta traqueteada persona.

Así fuera todo eso tan sencillo, y resultara tan artístico como lo que últimamente se ha hecho en Valladolid.

Y no vayan ustedes á figurarse que se ha hecho un milagro, no señor; no se ha hecho más que colocar tres lápidas en otros tantos edificios, y en ellas las inscripciones siguientes:

En la primera:

*Palacio del conde D. Pedro Ansurez.  
Valladolid agradecida.*

En la segunda:

*Aquí murió Colon.*

Y en la tercera:

*Aquí vivió Cervantes.*

Por supuesto que en las dos últimas el escultor ha colocado, además del busto de los personajes, todos los atributos que les simbolizan, y que casi son los mismos, moralmente hablando, puesto que pueden reducirse á tres; génio, miseria y persecución por la justicia. Verdad es que su época no daba más de sí.

En cambio, la nuestra parece destinada á realizar los mayores imposibles. A un mismo tiempo se abren el istmo de Suez, y los baños en la ría de los Campos Elíseos; á un mismo tiempo se discute en París sobre el lujo de las mujeres, y se preparan corridas de toros en Mont de Marsan.

Y á propósito de mujeres: muchas de las que dan el tono en Madrid, firman esposiciones contra el reconocimiento del reino de Italia. ¿Es qué temen que vengan las italianas á hacerles mal tercio? ¡Temor pueril! Demasiado sabe alguna de las firmantes que no puede haberlas mas bonitas.

M. DEL PALACIO.

## EL ESCEPTICISMO.

Cualquiera que haya contemplado los funestos resultados de una espantosa inundación, que todo lo arrastra, lo destruye y lo aniquila, podrá comprender

aproximadamente el estado en que se halla el corazón que haya sentido el frío glacial del escepticismo.

Cuando un torrente ó río crece y se desborda, arranca cuanto encuentra al paso; lo que ofrece poderosa resistencia lo destruye y lo inutiliza, y lo que por su poco volumen y consistencia no ofrece dificultad al monstruoso ímpetu de la corriente, es pisoteado por aquella y envuelto por el cieno, que lo imposibilita para siempre, dejando tras aquella devastación el frío de la muerte, la imagen del caos, donde poco antes brillaba el astro de la inteligencia, la representación del trabajo, de la industria y el saber, la significación del poder del hombre, la representación genuina de la grandiosidad de la naturaleza, sus poderosos medios, y, en una palabra, el sello del Supremo saber y potestad de quien todo lo rige con tan admirable maestría.

Pues bien: aquellos campos destruidos, aquellos eriales inmensos, aquellos profundos cenagales, de donde han desaparecido los sembrados, las flores, los arbustos, los árboles y los edificios, es la imagen fiel del corazón *esceptico*.

El escepticismo es el estado de la vida más triste, más desesperado que se puede imaginar.

Hay, sin embargo, dos clases de escepticismo, ó, por mejor decir, se nombran de un mismo modo dos cosas diferentes, y es necesario no confundir los nombres ó las cosas.

Hay escepticismo real, verdadero, palpable por decirlo así, sensible, inevitable, y otro que es fingido, que es una farsa ridícula y necia, conque una parte de la sociedad se encubre para *darse tono*.

Vamos á investigar rápidamente las señales conque se diferencia uno de otro.

Es indudable que uno de los caracteres que distinguen á nuestra actual sociedad es *el egoísmo*.

Hoy no se podría encontrar un Guzman el Bueno, que por defender la plaza que se le tuviera confiada arrojara él mismo al enemigo el puñal que había de embotarse en el corazón de su hijo: hoy no podría hallarse un Scévola que consumiera en un brasero su mano derecha por haber equivocado el golpe que dirigía al tirano de su nación; hoy no podría existir un Tito Manlio Torcuato, que mandara decapitar á un hijo suyo, como al último de sus ciudadanos, por haber faltado á la ley siquiera fuera en provecho de la república romana y honra de su linaje: hoy, en fin, no podría haber un soldado que al ver dirigir un tiro á su jefe, se pusiera él delante para librarle á costa de su vida, como lo atestigua la coraza que se conserva en el Museo de Artillería.

El egoísmo, apoderándose de todas las fibras del sentimiento, limita los héroes, reduce los hechos notables, enfria la amistad y seca el corazón hasta el punto que generalmente no se sienten mas penas que las propias, ni hay más interés que el de cada uno, ni se desea más que la prosperidad de sí mismo, ni se esfuerza nadie, en suma, por hacer prosperar á otro.

El joven que entra en el mundo con el corazón virgen, con el sentimiento puro, con la necesidad de amar y de que le amen, con el impulso de su fogoso instinto del bien, por difundirlo, estenderlo, y hacer partícipes á todos de su afecto y su cariño, y se encuentra con aquel triste espectáculo, no puede menos de sentir una profunda herida en el corazón, herida que al cicatrizar se deja una callosidad, que hace al corazón insensible por aquel punto.

Aquel joven entró corriendo, anhelante, y al llegar al umbral tiene que detenerse, y perdiendo una ilusión, quizás la más preciosa, recurre por un lado al amor, por otro á la amistad.

Por el primero encuentra mujeres bellas que aceptan su cariño, que le seducen y le halagan, y luego, por un nuevo pretendiente, por una circunstancia cualquiera, la más insignificante, los juramentos se borran, las palabras se olvidan, las promesas no se cumplen, el fuego se apaga, y por fin, donde poco antes ardía una gran hoguera, queda ya tan solo un puñado de ceniza, que estremece con su frialdad, imagen espantosa de la muerte.

Este nuevo desengaño y otro y otro que en el mismo camino recoge, van abriendo en su corazón otras tantas heridas que, como la primera, dejan al corazón invulnerable por medio de aquella fibra.

De aquí que cuando á aquel hombre le hablen de mujeres, no verá en ellas el ángel purísimo que Dios puso en el mundo para consuelo de su sér privilegiado,

sino una mezcla indefinible de egoísmo, orgullo, falsedad y vicio.

Perdida esta ilusión, destruida esta esperanza, que tanto embellece el porvenir, la noble ambición de honores y poder se debilita; el estímulo del trabajo desaparece; la idea de la familia, su constitución, su desenvolvimiento, progreso y desarrollo, se pierde; y confundidas y aniquiladas todas las aspiraciones que constituyen la belleza de la vida, esta se convierte en triste, monótona, insoportable.

Ya en este desesperado estado, encallecido el corazón, cansado de penar, ó mejor dicho, acostumbrado, familiarizado con el sufrimiento, lo inmediato es ó creer que todos le engañan mintiéndole un pesar ó una aflicción, ó gozarse en el sufrimiento de aquellos, divertirse con sus lágrimas, y glosar entre sarcasmos y sátiras, las angustias de los que sufren.

De aquí, que tomen luego el amor por una diversión y pasatiempo; que la mujer se convierta para ellos en un objeto risible y destinado á su diversión, que no sufre, que no siente, que no padece, y que se la puede destinar á cualquiera uso.

No vale ya que una mujer buena aparezca en su camino, que le ame, que comparta sus penas, que lllore por él, y sienta sus desvíos, su poco cariño y su indiferencia: para aquel hombre todo aquello es una farsa continuada conque se le quiere alucinar para engañar le mejor, y se ríe y lo contempla indiferente; y si por accidente se convence que es verdad y que aquella mujer padece por él, entonces goza, se divierte, disfruta; como Neron disfrutaba al ver incendiarse Roma ó ver despedazar el vientre de su madre.

Este hombre, pues, que ó mira indiferente las penas de los demás, ó goza en el sufrimiento ajeno, que es como el hombre sin corazón del incomparable Edgardo Poe, que es una estatua animada en una comedia fantástica, que es una sombra producida por una combinación de cristales en una cámara oscura, este hombre, en fin, es el *esceptico*.

Si del amor pasa á la amistad, no son menores los desengaños que en aquel terreno lleva, y no son menos desastrosos los efectos que produce.

Mientras nada en la opulencia, mientras vive independiente, mientras gasta y derrocha, y en su mesa hay siempre dos ó tres cubiertos más de los que él necesita, y tiene carruaje, y se divierte, y en su casa hay fiestas, saraos y bromas, tiene muchos amigos que le abrazan, que le aplauden y le visitan con frecuencia. Le llaman fino, atento y elegante; es un modelo de buen tono; tiene talento; se produce con elocuencia, y posee un corazón lo más bueno que se puede imaginar. Todos se disputan su amistad y es recibido con un verdadero triunfo allí donde llega.

Aquel hombre, halagado con tantas muestras de cariño y seducido por el afecto que le *tienen* sus amigos; llega á convencerse que el verdadero sentimiento que existe en el corazón humano es la amistad, que es el único afecto que se mantiene siempre vivo sin que el interés y el egoísmo le alimente, que, cual una planta silvestre, nace espontáneamente, y crece y se fructifica sin mas cultivo que el poder de la naturaleza; que es el cariño que no espera una recompensa, ni paga una deuda, ni satura una ilusión; que es, en fin, la pasión mas divina y celestial, puesto que hace abstracción de la corteza terrestre, de la carne y los sentidos y ama solo con el espíritu, con el corazón, con el alma, soplo purísimo del Criador.

Inútil es decir lo feliz que es un hombre que tiene muchos amigos y piensa de la amistad así.

Pero un nuevo desengaño viene á secar aquella flor querida que crecía al abrigo de su bondad de carácter y de sus ilusiones.

Un incendio en sus posesiones, un naufragio en los buques de que dependía su riqueza, una quiebra en su casa de comercio, una revolución en que sea él el blanco de las iras populares, le despojan súbitamente de su grandeza y opulencia.

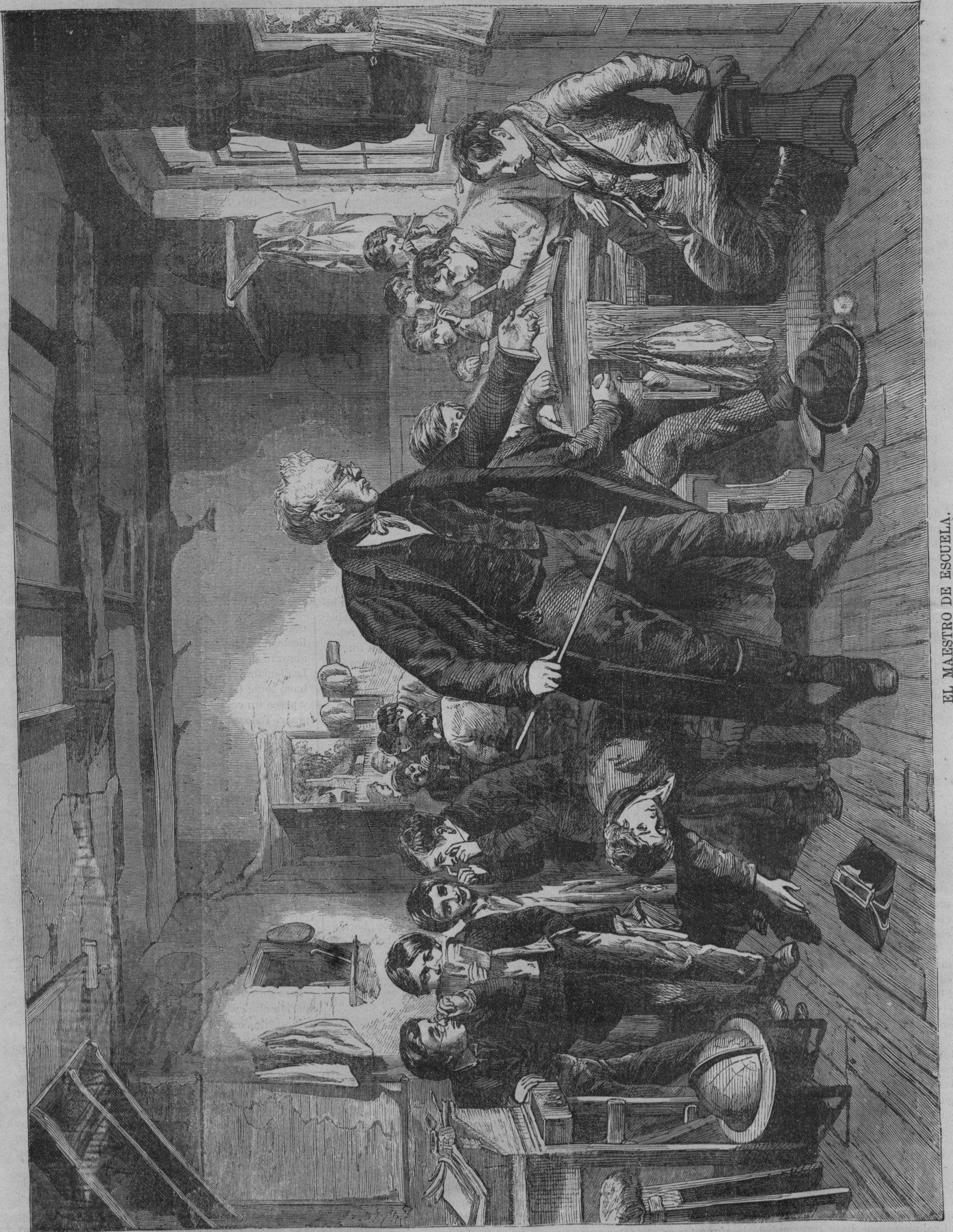
Desde aquel triste día ya no gasta ni derrocha, ya no puede tener opípara mesa, ni cubiertos dispuestos con profusión, ni carruaje, ni se divierte, ni hay en su casa fiestas, saraos, ni bromas.

Todo aquello ha desaparecido, como desaparece la luz del relámpago, sin dejar tras sí más huella que el recuerdo y la impresión.

¿Qué le resta ya en tan amargo y desesperado estado?

Sus amigos, sus amigos son los únicos que pueden consolarle en tan aflictiva situación, y mitigar con su cariño las penas que le acongojan.





EL MAESTRO DE ESCUELA.





HABITANTES DE ROMA Y SUS ALREDEDORES.



Mas ¡ay! que vuelve su vista en derredor y no encuentra á nadie.

Sus amigos han desaparecido.

Eran luciérnagas cuya amarillenta luz se oscurece y se pierde con la claridad del día; eran estrellas que brillaban y centelleaban radiantes mientras la naturaleza estaba envuelta en densa oscuridad y sacaba partido de las tinieblas, pero que, al asomar el sol, se ocultan presurosas, avergonzadas de su audacia y su impotencia.

Todos aquellos amigos que tanto le amaban, le abrazaban y le aplaudían, han desaparecido con su crédito, cual si hubieran sido pagarés al portador; con los muebles de su casa, cual si fueran ellos objetos de adorno ó lujo; con su mesa, con su manjar; con su comercio en el naufragio ó incendio, como una miserable mercancía.

Las visitas son desde entonces tardías; los abrazos menos frecuentes y más superficiales; su trato deja de ser distinguido; sus modales no son ya del mejor tono; no viste con elegancia; se espresa con dificultad, su corazón es frío, él es falso, no es buen amigo, es voluble, susceptible y de talento obtuso.

Inútil es que vaya á pedir á ninguno de ellos ni el favor más insignificante: nadie puede hacerlo, les es imposible servirle, y además, están ofendidos porque el desgraciado les ha faltado.

Les ha faltado... con dejar de ser rico.

Júzguese la impresion que este comportamiento hará en un corazón que cifraba su placer y felicidad en la amistad, sentimiento purísimo que se alimenta del espíritu con abstraccion de la materia.

Cual un calenturiento que ha soñado durante su delirio, y luego al despertar trata de saber qué es lo que ha visto, así queda aquel infortunado, dudando de lo que vé, y desconfiando de cuantos le miran.

Observa entonces todo lo que le rodea, y ve que hacen con los demás lo mismo que con él; que en una reunion abrazan á uno y le aplauden, y luego cuando aquel vuelve la espalda, le critican y le censuran; que las ideas se modifican con arreglo al estado y posicion; que el que es considerado como bueno cuando es rico, es luego malo en la pobreza, y que todo se encubre con una capa de hipocresía, que es á la verdad lo que las nubes al sol.

¿Qué ha de hacer el que de tal modo se vé contrariado y vendido? ¿qué ha de pensar de los sentimientos humanos, si las mujeres le mienten y los hombres le engañan?

Desconfiar de todos, creer mentira cuanto vé, dudar de cuanto le afirmen, y contemplar impasible lo que acaezca, sin tomar parte en los pesares ó alegrías de los demás, por juzgarlo uno y otro mentiras con que se quiere alucinar.

Este estado, pues, tan triste, en que parece que se ha secado el corazón, y no hay sentimientos ni siquiera de humildad, es el estado del escéptico.

El corazón escéptico es una flor que se ha regado con agua caliente, que ha crecido instantáneamente, y se ha marchitado al momento.

Después de esto, solo nos resta hablar del escepticismo figurado ó ficticio.

Como si la vida no fuera bastante corta de suyo, la sociedad tiene una tendencia á abreviarla aun más, y no sabemos cuál llegará á ser la duracion de aquella andando los tiempos y las costumbres actuales.

Niños hay hoy que debieran estar jugando á la pelota, al volante ó á los soldados, que se les vé por la calle fumando grandes puros, discutiendo sobre política, censurando á los grandes maestros del saber, dirigiendo flores á las muchachas, y hablando del amor y del corazón humano, como si fueran hombres espermentados y acribillados por los desengaños.

Estos nenes, cuyos papás debieran hacerles estudiar más y pasear menos, que inspiran risa á las personas sensatas, que incomodan en todas partes, que fastidian á las niñas, cansan á los hombres y hacen las delicias de sus papás, que interpretan las tonterías de sus hijos por precocidad, labrándoles de esta suerte un porvenir bien poco halagüeño; estos nenes, pues, son los escépticos de segundo orden, les escépticos de moda, de tontuna y necesidad.

A los quince años *no creen* en amor, *desconfían* de los amigos, *reniegan* de sus opiniones, son ya demócratas, ó progresistas ó cualquiera otra cosa por el estilo, ó son siempre ministeriales, ó siempre de oposicion, ó desconfiados de todos los partidos; no creen en religion, discuten la Divinidad de Jesucristo, hablan como los carreteros en mal camino, comentan á Cervantes,

aplauden á Voltaire y critican á Victor Hugo, censuran la sociedad y sus costumbres, que ellos modificarían, y se hastian, en fin, de vivir.

¡Qué diferencia de un escepticismo al otro!

El primero nos causa lástima, disgusto, sentimiento, comprendiendo en él todo un poema de dolor y de amargura.

El segundo nos da risa, nos exaspera, viendo en él un vaudeville francés, una zarzuela española, ó una caricatura inglesa.

E. DOMENECH.

## LA VIRGEN DEL PUERTO.

### I.

¡Oh, la civilizacion!

Hé aquí una palabra que me entristece, sin rubor lo confieso; una fórmula de piqueta y martillo que vá echando por tierra las antiguas tradiciones del mundo moral; cuyo fragor ensordece mis oídos; cuya polvareda ciega mis ojos.

Ante esta antorcha, cuya luz se proyecta de Oriente á Occidente, huyen las sombras de lo que ya no será, como huyen las ilusiones de amor ante la cuenta del zapatero.

¡La civilizacion!

Esta palabra me fastidia, porque al echar de menos lo que ella se ha llevado, voy cayendo en la cuenta de que la juventud me abandona y me hago viejo.

Es verdad que lo mismo sucedería si existiera aquello cuya ausencia deploro; pero entonces la ilusion cubriría mis ojos con su rosada venda, impidiéndome ver algunas canas, que pregonan secretos enfadosos.

Esta propension de caminar con la vista fija siempre en el horizonte, buscando un *más allá*, que no encontramos jamás, un perfeccionamiento imposible que nos hace despreciar lo que dejamos detrás, es la fiebre, la manía de la época.

Nuestros padres eran el movimiento acompasado y regular de la sangre en su más completo estado de salud; nosotros somos la calentura intermitente, la luz del relámpago á cuya rapidez queremos esceder.

¿Quién de nuestros hijos se atreverá á usar una levita de su padre? En cambio yo he llevado muchas del mio, y muy bien conservadas, que aun servian para chalecos cuando la mano del tiempo empezaba á pesar sobre ellas.

En vista de este resultado, que no me hable nadie de economia política. Hoy la economia es el despilfarro.

### II.

Pero yo tenia que hablar de la civilizacion para desahogar mi alma, triste como una lamentacion; inquieta como una portera que en cuatro dias no ha podido averiguar la historia de un inquilino.

Yo tenia que hablar de una de las derrotas de lo pasado ante la efervescencia de lo presente.

Estas ideas me asaltan entre el Campo del Moro y la Casa de Campo, al contemplar el extraño panorama que se desarrolla hoy á la vista del espectador en la frondosa alameda de la Virgen del Puerto.

Éste sitio en otro tiempo era más célebre en España que lo es en Paris *Chateau des Fleurs* y *Mabille*.

Hoy está completamente en decadencia; su fama ha sido herida de muerte, y cuando dentro de cincuenta años se lean las memorias de nuestro tiempo, el filósofo buscará en él inútilmente la huella del zapato claveteado de un gallego, evocará los ecos de una gaita, exclamando para sus adentros:

*Sic transit gloria mundi.*

En otro tiempo, no muy distante, la Virgen del Puerto, en un día de fiesta, era como una exposicion puramente nacional, donde la especialidad coreográfica de cada provincia tenia muchísimos representantes.

Allí el ejército fraternizaba con el pueblo; el baile y el vino nivelaban todas las opiniones, y si bien se recordaba allí con harta frecuencia el puerto de *Palos*, de donde salieron las tres caravelas de Cristobal Colon, preciso es confesar que la gente se divertía en toda regla.

—¿Dónde nos veremos mañana?—Se preguntaban unas á otras las criadas el sábado por la noche, al

comprar vinagre ó escarola en la tienda de comestibles.

—En la Virgen del Puerto,—era la contestacion.

Entonces no llevaban miriñaques, ni vestidos de seda, ni cantaban en la cocina aires de zarzuela, ni mucho menos ocupaban la atencion pública en los tribunales, ni tenian cartillas...

Pero en cambio, cada una bailaba las danzas de su pueblo al compás de una gaita, y en compañía de un artillero, de quien habian recibido palabra de casamiento á cuenta de una pesetilla para tabaco.

Había algo de fantástico en aquella confusion de trages y dialectos; algo de danza macabra y de tarantela.

El sol poniente cernía sus rayos por entre las hojas de los copudos árboles, dando una vigorosa entonacion á aquel cuadro lleno de vida.

Los vendedores gritaban como energúmenos, las guitarras unian su voz al sonido melancólico de la destemplada gaita, que preludiaba una *muñeira* eterna, fotografiada y esculpida en todos los ecos de la alameda, dominando este enérgico *tutti*, el grito prolongado de los gallegos y asturianos, como el pito del contramestre domina el fragor de una tempestad.

### III.

¡Pero estaba escrito!

Y andando el tiempo aparecieron los bailes de Capellanes, y los del Jardinillo, y los del circo de Paul.

¡Cosa rara!

El espíritu de asociacion apareció en los piés.

Se formaron numerosas sociedades comanditarias para propagar la danza, cuyos libros no estaban registrados en el Tribunal de comercio.

Y como el precio de los billetes estaba al alcance de todas las fortunas, se dió el mal ejemplo de abandonar la Virgen del Puerto por otros sitios donde se bailan polkas y habaneras.

El primer paso estaba dado; pero no era esto lo peor.

El mal iba echando más hondas raíces, y la revolucion haciendo su misterioso trabajo de zapa.

Las criadas y los gallegos dieron en perder aquella encantadora sencillez que antes los distinguía. Hubo algunos conatos de insurreccion contra las antiguas tradiciones.

Los innovadores hacian la propaganda al son de bombo y platillos, y ya los concurrentes á la orilla del Manzanares, osaron presentarse con bota de charrol á cuarenta reales, y ellas con velos de ilusion y miriñaques de estera.

La insurreccion estalló abiertamente, y una tarde varios conspiradores de ambos sexos, abusaron sin rebozo del compás de la jota para bailar un wals.

La multitud, seducida por las perniciosas doctrinas modernas, lejos de protestar, aplaudió, y el wals abrió la puerta á la polka, que al ver la hospitalidad que se la dispensaba, llevó en pos de sí á la habanera.

Ya no hubo remedio.

### IV.

¡Una habanera en la Virgen del Puerto!

¿Comprendeis esto? ¿Puede ir más allá el absurdo?

Poned en una poesia de Byron dos versos de Estrada, ó en una romanza de Bellini una frase de Gaztambide, ó sobre la cabeza del Apolo de Bellvedere la cuba de un aguador, y tendreis una idea muy imperfecta aun de lo que es una alcarreña bailando *esas intimidades* modernas con un cabo de gastadores, en el sitio tradicional de las manchegas y la gallegada.

Yo he visto esa profanacion, y no he podido menos de exclamar:

*Ubinam gentium sumum.*

PEDRO ESCAMILLA.

## SAN JUAN DE LA PEÑA.

(RECUERDOS.)

La monarquía aragonesa, aquella potestad que hizo temblar los muros de Atenas y Constantinopla, que humilló el poder del árabe en Zaragoza y Córdoba, que tremoló su estandarte victorioso en ambos mares, y vino al fin á caer bajo el peso de su propia grandeza, tuvo su principio en la cumbre de un peñasco, de donde como impetuoso torrente, habia de precipitarse inundando valles y campiñas.



Saliendo de la histórica Jaca, de esa bellísima ciudad aragonesa incrustada en las montañas pirenaicas, luciente con sus muros y torreones, cúpulas y jardines; internándose el viajero por entre peñascos altísimos y pintorescos con su belleza primitiva; después de saludar al tradicional pueblo de Atares, que estiende sus antiquísimos edificios en el fondo de un barranco, al derruido monasterio de Santa Cruz de los Serós, que eleva aun su cúpula con ojivas bizantinas y cilíndricas molduras por entre los tejados de la pequeña aldea que la circunda, atravesando por un ameno bosque de nogales que guía al pié de una escabrosísima sierra, erizada de peñascos altísimos y surcada por profundos precipicios, en cuyo fondo brilla y suena el raudal de los torrentes, comienza el viajero á ascender, y ve, con sorpresa, dilatarse ante sus ojos un paisaje cuanto terrible magnífico. Puesto ya en la altura, penetrará al través de un mar de gigantescos pinos y abetos, que formando oscura senda, llenan el espacio con un eco incesante de murmullos que el viento arranca á sus copas centenarias. Conforme se avanza, el bosque se aclara; ábrese por fin de nuevo la tierra, y el camino, descendiendo de aquella especie de esplanada, donde un momento ha serpenteado, se desliza por un profundo valle, costeador por abismos espantosos, y, por entre rocas disformes y ciclópeas, allá, al abrigo de un peñasco de arena, sobre el fondo oscuro de una gruta colosal, se destaca el magnífico y tradicional monasterio de San Juan de la Peña, como si el conjuro de un mago hubiese atravesado la tierra para asombrar al viajero en el fondo de aquella caverna gigantesca.

Aquel edificio es el templo donde tuvo lugar la inauguración del reino aragonés; de aquel roquero alcázar, bajo el torrente de hombres que, pasados tiempos y atravesando las campiñas de la Bética, habían de llamar con sus aceros en las puertas de la oriental Granada. Allí, al abrigo de las altas rocas, disputando sus nidos á las águilas, se acogieron aquellos trescientos nómadas, que cuando la derrota del Guadalete, pudieron escapar de aquella inundación de turbantes, que venía á ser la expiación providencial de tantos crímenes como se cobijaban bajo el régio manto de Witiza y Rodrigo.

La tradición envuelve con sus alas perfumadas el origen de aquellas ruinas: por los años de 775, Voto y Félix, hermanos y caballeros cristianos de Zaragoza, guiados por un prodigio á la cueva de Galaon, en la que está edificado hoy *San Juan de la Peña*, llamado *el Viejo*, encuentran el cadáver de un anciano ermitaño, cuya cabeza está recostada sobre el siguiente epitafio:

*Yo Juan de Atares,*

*primer ermitaño, fabriqué esta pequeña iglesia  
en honra de San Juan Bautista.*

El anciano fué sepultado, y los dos hermanos se retiraron á la misma gruta, vistiendo el sayal del cenobita. Al punto cuantos aragoneses se hallaban diseminados por aquellos lugares, acogieron á la sacrosanta caverna, y allí, á su sombra protectora, á la brillante luz de las teas, alzaron sobre el pavés á su caudillo, y García Gimenez, el valeroso montañés, fué elegido primer rey de la Monarquía aragonesa. Esta es la importancia histórica de San Juan de la Peña: la tradición llena aquel recinto: por entre la bruma de los torrentes parecen columbrarse las sombras de aquellos reyes soldados, de aquellos héroes, de aquellos mártires.

Allí descansan los restos de Sancho Abarca y del Tembloroso García, de Ramiro I, de Sancho Ramirez y de Pedro I, con otra infinidad de augustos personajes, honra y orgullo del reino, á cuya grandeza se consagraron.

Cruce el viajero los átrios de granito, admire las molduras de los sepulcros, los afiligranados de las bóvedas; allí contemplará con asombro la roca, encorvándose desde su base como para cobijar en un solo monumento la religión, la libertad, la gloria, todas las armonías en fin de la naturaleza; y mezclado en agradable confusión con todo esto, surgiendo como la luz en las tinieblas, el arte se desliza al través de los peñascos, esculpe los muros con mosaicos, cimbreándose en las galerías, sacude con profusión sobre las columnas, en los arquitecturas, en las ojivas, esculturas bellísimas, alicatados sorprendentes y epitafios gloriosos, todo brillante, pero todo cobijado, envuelto por el tinte severo, magestuoso que revela el origen sombrío

de la raza gótica, la magnificencia tradicional del arte cristiano.

Este es San Juan de la Peña; abandonado y silencioso el histórico monasterio, es visitado únicamente por el viajero artista, que ávido de emociones, quiere evocar en un recuerdo tantas grandezas pasadas.

Ya no se escuchan en sus claustros los cantos de los cenobitas, porque los techos están hundidos, y por las grietas de sus bóvedas tan solo se ven cruzar las tempestades, cuyo sordo bramido se mezcla con el incesante rugido de la catarata; los pastores y viajeros buscan un abrigo en la cavidad de sus rocas, los buitres habitan en lo alto de sus muros, en sus pórticos crece el musgo, y la yedra se lanza al través de sus arcos ojivales, tapizados como una verde y florida malla.

Once siglos han cruzado por cima de ese monumento de la libertad aragonesa; San Juan de la Peña, como Sagunto, como Numancia, desaparecerá un día sin dejar mas rasgo de su existencia que un monton de escombros cubiertos de plantas silvestres; pero esta agonía, esta muerte, no podrá borrar la grandeza que eternamente guardará la historia en su libro de oro hácia este monasterio, cuna y sepulcro de una raza de titanes. La tradición revolverá siempre sobre aquellos inmensos bosques de pinos, de precipicios espantosos, de bulidoras cascadas, en donde el eco parece relatar continuamente la gloriosa historia de tan magnífica epopeya.

J. T. BENEDICTO.

## TRES BESOS.

Me diste un beso en la frente  
Mientras soñaba contigo  
Durmiendo tranquilamente,  
Y yo le guardé inocente  
Porque era un beso de amigo.

Un día, corrí anhelante  
A disipar tus agravios,  
Y, de emoción palpitante,  
Me besastes en los labios.....  
¡Aquel fué un beso de amante!

Hoy, que me matan las dudas,  
En tu falsedad te escuchas  
Y con acento inhumano  
Dices:—¡beso á Vd. la mano!....  
Ese es..... el beso de Judas!

E. BLASCO.

## LAS MUJERES DE MODA.

### ARTÍCULO SEMI-SERIO EN CUATRO ACTOS.

#### ACTO PRIMERO.

Estamos en un gabinete de tocador, adornado con gusto y elegancia; sentada en una butaca de damasco azul lee una niña, como de diez y nueve años, en un libro en cuyo lomo se lee en letras de oro: *Alfonso Karr.—Una hora mas tarde.* La niña está embebida en su lectura y no percibe el leve crugido de una puerta; entra una señora de alguna edad, se dirige á la butaca, y apoyándose en el respaldo, esclama con la vista fija en la novela.

—Siempre leyendo tontunas... en lugar de coser ó de hacer media... yo la recogería á Vd. los libros todos: ¿qué diría cualquiera que entrase? Es Vd. una holgazana... y luego pretenderá Vd. casarse.

—Pero mamá, hazte cargo, á mi edad.

—A tu edad; tú misma te vas creyendo que tienes la edad que dices: recuerda, Adelaida, que aunque decimos que tienes quince años has cumplido ya los diez y nueve, que no te has casado, y que á este paso me vas á quitar la vida... holgazana...

—Pues yo no he de andar todo el día hecha una criada, ea... no, no y no.

Suena una campanilla.

#### ACTO SEGUNDO.

Entra un criado anunciando al señor Olivenza; Olivenza es casi un capitalista joven, buen mozo y elegante.

Antes de que entre en el tocador, la mamá oculta el libro, pone en manos de su hija la labor, y esclama dirigiéndose á Olivenza, que asoma por la puerta.

—¡Cuánto tiempo sin verle!

—Señora, en Madrid quiere uno muchas veces cumplir, y sin quererlo, falta... pero ¿cómo están Vds.; y la bella Adelaida siempre trabajando?

—Ay! si señor, dice la mamá; yo quiero que mi hija sea mujer de su casa y sepa cómo se hacen ciertas cosas... pero tome Vd. asiento, Olivenza.

Se sienta Olivenza y dirigiéndose á la niña dice:

—¿Se divierte Vd. mucho?

—No señor, si apenas salgo; he estado estos días muy ocupada concluyéndome un vestido.

—Eso sí, dice la mamá; mi hija es muy habilidosa; ¿querrá Vd. creer que se ha hecho sola un vestido?... y además, mas vale que esté en casa trabajando que no todos los días en el Prado, de revista.

Así continúa la conversacion un rato, no perdonando la mamá ocasion de alabar las buenas cualidades de su hija.

Olivenza sale en estado de encubacion matrimonial.

#### ACTO TERCERO.

Estamos en el mismo gabinete. La suegra, *él* y *ella* están sentados en el sofá.

*El.*—Es preciso, señora, que esta cuestion se arregle pronto; yo no puedo vivir sin Adelaida, yo la necesito.

*Ella.*—¡Te amo tanto!

*La suegra.*—Amigo mio: *La vicaria no se arregla en un día...* esta gente jóven... y luego Vds. hacen muy poco que se conocen.

*El.*—Señora, yo amo á su hija de Vd. con pasión, con un amor eterno, grande, puro; sin ella no hay nada para mí en el mundo; yo la quiero con toda mi alma y...

(*La mamá aprovechando la oportunidad.*) Aunque no viene á cuenta, vuelvo á decir á Vd. que mi hija no tiene dote; no tiene más que su brillante educacion, brillante, eso sí, pero nada mas...

*El.*—¡Ah señora! ¿teniendo esa cara y ese corazón, qué mas se puede apetecer?

*Ella.*—Lisongero...

*La mamá.*—Bien, hijos míos; lo que yo deseo es veros bien casados.—(*Cae el telón*)

#### ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una casa decentemente amueblada.

*El.*—(*Ya casado.*) Eso no puede seguir así; yo tengo que atenerme á mi modesto sueldo; no puedo gastar tanto.

*Ella.*—(*Acalorada.*) Y bien: ¿qué quiere Vd. que yo haga? ¿por ventura pretende Vd. que esté hecha una criada trabajando?

*El.*—Pues esto no puede continuar, y sino eche Vd. la cuenta de lo que se gasta (1); ¿por qué no trajo Vd. capital?

*Ella.*—Porque traje mi brillante educacion.

*El.*—No sabe Vd. hacer nada.

*Ella.*—Se equivoca Vd.; se hacer flores, tirar al florete, lenguas vivas.

*El.*—Con eso no se come.

*Ella.*—¿Por qué no me trajo Vd. un patrimonio?

*El.*—Porque traje mi carrera de abogado.

*Ella.*—¿Por qué no trajo Vd. pleitos?

*El.*—Porque no me los dan... además es necesario que orillemos otra cuestion entre los dos; es preciso que hoy mismo salgan de mi casa mi suegra y los cuatro choquillos de su hermano.

*Ella.*—¡Eso nunca! yo no puedo hacer un feo á mi mamá.

*El.*—Pero yo puedo hacerle á mi suegra.

*Ella.*—Es Vd. un infame.

*El.*—Vd. quiere asesinarme.

*Ella.*—(*Llorando y pateando.*) ¡Dios mio!, ¿por qué me habré casado con este hombre?—(*Cae el telón*).

#### ADVERTENCIA.

La abundancia de materiales nos impide publicar hoy la conclusion del artículo *Los dos Cardenales*, que insertamos en el número anterior, pero lo haremos en el próximo sin falta alguna.

(1) He observado que cuando los matrimonios empiezan á ajustar cuentas, huye la paz doméstica.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



## A UN ARROYO.

Naces en peña escarpada  
y el agua de otros tomando,  
vas mil arroyos formando  
para acabar en cascada.

Mas tarde, por la pradera,  
que es un vergel de verdura,  
tus aguas en su llanura  
serpentean por do quiera.

Y tus olas cristalinas  
con apacible murmullo,  
riegan el tierno capullo  
de rosas y clavelinas.

Sobre tus mismas arenas  
para darles más valor,  
nacen con raro vigor  
gran variedad de azucenas.

Al cansado peregrino  
y al trabajador labriego,  
prestas delicia y sosiego  
con tu néctar cristalino.

Y al campo das alegría  
y frescura á las montañas,  
y entre juncos y espadañas  
ostentas tu bizzarria.

Y por eso con candor  
va á tí sencilla serrana,  
que es la reina soberana  
del valle modesta flor.

J. R. G.

## EL MAESTRO DE ESCUELA.

¿Veis ese hombre en medio de su clase?  
ese es el maestro de escuela: ¡qué [de obstáculos encuentra á cada paso, qué deberes tan duros tiene que cumplir, y cuánta ingratitud por recompensa!

Todos, más ó ménos en nuestra infancia, hemos sido recalcitrantes á la instruccion.

En cierta época no comprendemos la necesidad, nuestra inteligencia no está aun bastante desarrollada, y cuando vienen á hablarnos de historia, de geografía ó de matemáticas, nos damos á todos los diablos, juzgándonos por aquel momento los seres más desdichados del mundo. De sus resultados nos ponemos en lucha abierta con el profesor que, naturalmente, y cumpliendo con su deber, trata de inculcarnos los primeros elementos de los conocimientos humanos.

Existen entre los niños naturalezas privilegiadas, seres felizmente dotados que podrán un dia honrar á su patria por su talento, y, cosa singular, estos son y han sido siempre los más rebeldes. La persuasion, las exhortaciones, las amenazas son empleadas inútilmente, y el pobre maestro es el blanco de las burlas, y de las mil picardigüelas que se ponen en práctica para desesperarle.

Algunos preceptores emplean como último recurso, las *palmetas*, castigo que afortunadamente se va desterrando en España. Nuestro grabado presenta un ejemplo de este suplicio tan temido de los chicos: *ultima ratio*. Pero como ya hemos dicho va cayendo en desuso, porque las costum-



bres van progresivamente dulcificándose, y las ideas de persuasion y de conciliacion, son las que hoy predominan.

La férula de los antiguos, ese pedazo de madera agujereado que vulgarmente se llama *palmeta*, pasará muy pronto al estado de curiosidad arqueológica.

Las penas corporales, en las escuelas, quedarán pronto abolidas por completo, como lo reclaman los adelantos de nuestro siglo, y las ideas de justicia y equidad que en él predominan.

## HABITANTES DE ROMA Y SUS ALREDEDORES.

Sabida es la reputacion de belleza de los habitantes de Roma; efectivamente, esta reputacion no es usurpada. A pesar del tiempo transcurrido conservan aun los rasgos de las antiguas razas de Italia. A esta belleza reunen el buen gusto de sus pintorescos trajes.

Leopoldo Robert ha sido tal vez el pintor que más inspirado estuvo siempre para trasladar al lienzo estos brillantes tipos, y de uno de sus cuadros copiamos el grabado que aparece en una de nuestras páginas.

## PIETRO MICA.

Frecuentes guerras han estallado en repetidas ocasiones entre la Francia y el pueblo de que hoy aquella es la más fiel y poderosa aliada. Muchas veces las tropas francesas invadieron el Piamonte haciéndole una cruda guerra.

En el mes de agosto de 1706, un ejército mandado por el duque de la Feuillade sitió á Turin, y la toma de esta plaza era casi una cosa segura, pero era preciso retardarla hasta la llegada de los refuerzos que debía conducir el príncipe Eugenio, el cual era esperado con afán.

En la noche del 20 de agosto un centenar de granaderos franceses descendieron audazmente á los fosos, con objeto de facilitar el paso de una poterna y penetrar en la plaza.

Un soldado de artilleria, Pietro Mica, empleado en aquellos momentos en el trabajo de las minas, se apercebíó á tiempo de la intencion del enemigo, y de pronto una idea terrible cruzó por su imaginacion. Debajo de la poterna existia una mina cargada de pólvora, pero á la cual no se habian adaptado todavia los medios de hacerla estallar prendiéndola fuego á una distancia conveniente.

Pietro Mica no dudó un instante en sacrificarse por su patria y por sus hermanos de armas: hizo que se retirara un oficial que se hallaba á su lado, recomendándole su mujer y sus hijos, y con un valor heroico y una abnegacion sublime puso fuego á la mina, pereciendo él y todos los granaderos franceses, en el momento en que estos se creian más seguros de su triunfo.

Á este héroe se pensó en erigirle una estatua, pero la realizacion de este pensamiento no ha tenido lugar hasta el año pasado, en que la efigie de Pietro Mica ha sido fundida en bronce en el arsenal de Turin, y la inauguracion de la ceremonia tuvo

lugar el dia 6 de junio del año próximo pasado. El grabado de la presente página es una copia exacta de la colosal estatua que hoy se halla colocada en el centro de una de las principales plazas de la ciudad.

ESTATUA DE PIETRO MICA.